

IV Ensayos individuales

Savater A vueltas con el marxismo

Vueltas y más vueltas; todos le dan vueltas. El marxismo se vuelve delirio concéntrico, trompo mareado y mareante, gira, gira: ¡por fin le ha llegado la hora de su revolución! Personas de cuya seriedad desdichadamente no se puede dudar, pues no se les conocen devaneos con lo imaginativo ni infidelidades humorísticas, se preguntan incansablemente sobre si son o no son marxistas, si fueron pero ya no son, si aplicándose llegarán a serlo, si se debe o si se puede.... Los parisinos de Montesquieu se preguntaban «pero, ¿cómo se puede ser persa?»; la pregunta de nuestros actuales filisteos es, «pero, ¿cómo se puede ser marxista?» Lo más frecuente es plantear el asunto desde el ángulo de Marx mismo, es decir, debatiendo si Marx tuvo o no tuvo razón, si la tuvo en su época pero la historia se la ha ido poco a poco quitando (¡paradojas del historicismo!), si sus análisis y sus planteamientos de lucha son en la actualidad insuficientes o incluso contraproducentes ... En ocasiones se diría que el problema es de Marx en lugar de nuestro, ya que la mayoría de los debates que se organizan tendrían más relevancia para él y la defensa de su prestigio teórico que para quienes hoy tenemos problemas muy distintos que el de beatificar o condenar a nadie.

Mientras la cuestión no es disputada más que a nivel intelectual, como problema filosófico o de teoría socioeconómica, la cosa no reviste mayor trascendencia. Pero hete aquí que ahora hasta los políticos empiezan a interesarse por el asunto, por aquello de la decadencia de los mitos que han servido de banderín de enganche a tantas generaciones. Los unos, ya declaradamente integrados en la vía parlamentarista y consensual, consideran la marxista una fastidiosa excrecencia que no resuelve ningún problema práctico y dificulta aún más sus relaciones con los grupos conservadores, teniendo además un poder mítico y convocador cada vez más dudoso. Los puros y duros, los jacobinos leninistas de todo pelaje, los del Verdadero Partido Popular de los Trabajadores Antiburocrático e Inasequible al Desaliento, consideran que este entreguismo colaboracionista es una vergüenza pero también su única esperanza de ganar una identidad: ya que no tienen el poder, ni medio de conseguirlo, ni voz nueva y propia ante nada de lo que pasa o deja de pasar, ni imaginan qué se puede hacer sino soñar fascinadamente con el poder que no se tiene y reclamar de los dioses inexistentes Santa Masa y San Pueblo que lo pongan en sus manos. . . , pues al menos les queda la custodia de la Verdadera Doctrina, la posibilidad del anatema y de la profecía apocalíptica. Menos da una piedra. A su modo, unos y otros tienen razón, es decir, reconocen en sus dichos y hechos con bastante lucidez las exigencias de lo que se han resignado a ser.

¿Qué contenido teórico puede dar hoy un marxista a su marxismo? Teórico, es decir, no puramente descriptivo, como otra seña de identidad más en el ámbito político establecido, como una elección de insignias, banderas, himnos y tópicos frente a (y determinadas por) otras insignias, tópicos, banderas e himnos. Puede considerarlo como un corpus científico de conocimientos positivos, cuyo objeto es la historia en lugar de los fenómenos físicos o biológicos. En tal caso, suscribirá como una revelación que «la evolución social es un proceso natural regido por leyes que no dependen de la voluntad, de la conciencia ni de la intención de los hombres, sino que por el contrario la determinan» (resumen doctrinal proporcionado por el «Correo Europeo» de San Petersburgo y que Marx, en el segundo prefacio de «El Capital», califica de «excelente descripción» de su pensamiento). Como fruto de la evolución necesaria de un proceso natural, la situación histórica actual es tan «justa» o tan

«injusta» como que el Everest sea más alto que sus colegas montañosos o que el Sahara carezca de la humedad que al Pacífico le sobra; por otro lado, si su voluntad y su conciencia no cuentan para nada, el individuo colaborará en la lucha política con interés más bien medio **cre**, pues en todo caso, lo que haya de ser, será. Además, si al telar manual corresponde el feudalismo y al telar industrial la burguesía capitalista, ¿por qué a la era postindustrial de la cibernética y el átomo no han de convenirle inexorablemente los supe tecnócratas del Gran Estado, con diploma de comisarios políticos si falta hiciere? Ahora bien, si los conocimientos científicos que el marxismo aporta son de orden económico, el creyente se verá obligado a defender nociones tan básicas y misteriosas como la de «Valor de Uso» y «Valor de Cambio» o, aún peor, la de «Trabajo Socialmente Necesario», que no parecen precisamente exentas de las más graves contradicciones ontológicas, o tendrá que justificar el notorio incumplimiento histórico de las más razonadas profecías que Marx se permitió. Pablo dijo: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe»; bueno, pues el proletario Cristo marxista no ha querido o podido resucitar: ¿y, ahora qué?

Los más educados-nunca faltan-dirán que el marxismo es un «método», luego resuelto en un hegelianismo simplificado con un chorrito de positivismo y (en nuestros días) adiciones de estructuralismo o psicoanálisis: nada con sifón, en una palabra. Para los pragmáticos, el marxismo es la coartada ilustre que puede apoyar un capitalismo monopolista, de tendencia nacionalista y proteccionista (el «otro» capitalismo sabemos que propende a lo multinacional, es decir, es realmente internacionalista), más preocupado por los costos sociales que por la producción bruta. . . , lo cual, si bien se mira, no es revolucionario pero tampoco desdeñable. Y callaremos, por piedad y decoro, sobre quienes han utilizado el materialismo histórico como instrumento de análisis literario... Algunos, por otro lado, ven en el marxismo el mayor apoyo científico de una exigencia ética: la del cumplimiento final de la sociedad sin clases, es decir, del cristianismo. Para éstos, el marxismo comenzó bien (lo mismo que el cristianismo primitivo) pero luego se corrompió por presiones externas o abusos inmoderados de poder. Sin embargo, lo históricamente cierto es que el marxismo no fue ni la primera, ni la más «realista», ni la más radical propuesta de transformación social que ha conocido la modernidad. Tampoco la última, pues hoy conocemos cosas respecto a. la predominancia de la desigualdad de poder sobre (y causa de, no consecuencia) la desigualdad económica, así como sobre la naturaleza del poder separado del Estado y la identificación unitaria que provoca, que no estaban en el registro teórico de Marx (aunque sí, por ejemplo, en el de Nietzsche o Stirner). Por otro lado, las realizaciones que hoy conocemos del marxismo no son sino lo que cabía esperar de la práctica política de Carlos Marx y Federico Engels; así definió por ejemplo Proudhon el comunismo autoritario venidero en 1864, bastante antes de Lenin y Stalin: «Una democracia compacta, en apariencia fundada en la dictadura de las masas, pero en la que éstas no tienen más poder que el necesario para asegurar el avasallamiento general, de acuerdo con las siguientes fórmulas y principios tomadas del antiguo absolutismo: indivisibilidad del poder público; centralización absorbente; destrucción sistemática de todo pensamiento individual, ya sea corporativo o local, considerándolo agente destructivo; policía inquisitorial». Esta profecía sí que se ha cumplido, tanto en Rusia como en China, Cuba, Vietnam, Albania o dónde ustedes vean comunismo de Estado. Es decir, todos aquellos experimentos en que, como diría Martín Buber, «la uniformidad como camino debe llevar misteriosamente a la diversidad como meta final, y la coacción como camino, misteriosamente, a la libertad como meta final.»

Ahora bien, también hay otro significado del marxismo: el que lo tiene como ilusión, como mito. Este es el más denostado y éste es el único que aquí quisiéramos defender. Para muchas gentes sencillas y valientes, que no han leído a Marx ni falta que les hace, ser marxistas significa luchar por la autodeterminación radical de la comunidad humana, contra el dirigismo y la explotación que propicia la institución estatal; significa luchar contra los

partidos que no aspiran más que a una reproducción infinita de lo mismo, con pequeños parches que hagan viable la supervivencia de lo vigente; significa que la verosimilitud sangrienta y gris de lo hoy dado está comprometida por una posibilidad más alta, en la que el presente se reconoce como mágica alianza del futuro con el pasado, y que tal posibilidad no ha de ser derrotada. Estos marxistas no son científicos, ni metódicos, ni el contenido de sus anhelos encuentra demasiado apoyo en el «verdadero» marxismo (!y no digamos en los diversos comunismos, euros o amarillos), pero en ellos la palabra es fuerza y tienen razones más válidas que la Razón misma.

[N° 19, septiembre de 1979, pp. 6-7]

Fernando Savater ¿Qué es la revolución antiautoritaria?

"Independiente porque nadie depende de mi, no soy esclavo porque no soy amo"
(Victor Tausk)

Ayer todo el mundo era creyente, hoy no encuentra uno más que escépticos por donde quiera que mire. Vivimos en un éxtasis de desencanto, en una orgía de desilusión: todo el mundo ha despertado de su sueño dogmático y se menean las cabezas al unísono con agridulce clarividencia. Los ex-fanáticos se tambalean cabizbajos, llenos de náusea, autocompasión y tolerancia universal, como juerguistas digiriendo la resaca a las ocho menos cuarto de la mañana fría. El realismo-entendido como pura aceptación de la impotencia o del cinismo- es el alka-seltzer de las almas otrora sublevadas. La derecha, al menos, sabe que no hay solución ni alternativa a lo vigente: hay que afirmar los valores occidentales a los que ya se encuentran justificaciones biológicas o en cualquier otro ramo del positivismo cientifista; otros, convalecientes de antiguas chinoiseries [en francés “complicaciones” y “objetos artísticos de estilo chino”, 2009] recomiendan resistir, resistirse a las seducciones del poder y del anti-poder, del deseo, del paganismo, de la diferencia y volver a la segura abstracción de la Ley Universal que garantiza el trascendente Señor judeocristiano. La izquierda parlamentaria ya no se atreve a alzar la voz, finalmente convencida de que tiene poco que decir. Partidaria de la transformación homeopática de la sociedad, sospecha que es más seguro para el progreso que los cambios sean argumentados de la manera menos subversiva posible: a fin de cuentas, insinúa, todo cambia para que todo siga igual, de modo que, por favor, dígnense concedernos alguna pequeña modificación de las cosas para que contentemos a nuestra clientela. No son hipócritas en esto, pues en el fondo así es como piensan. Suspiran: la gente está desengañada, pasa de todo . . . y, por si acaso cuela, redoblan sus esfuerzos por engañarla aunque sea a fuerza de realismo. La gente que pasa suele pasar ante todo de ellos, con lo cual ya demuestra un atisbo de interés por lo real bastante considerable. Y más a la izquierda, truenan los fieles lectores de Politzer, los adictos a alguna forma de «socialismo real, sea rojo o amarillo. Todavía no son capaces de participaren el lúgubre festín escéptico, complejidad psicológica que les rebasa, y se limitan a gruñir desconcertados y feroces en torno a él. Recuerdan aquellos versos de Víctor Hugo:

*Je vais, je viens; je suis l'alternative sombre;
je suis l'heure qui fait sortir, en frappant l'ombre,
Douze apôtres le jour, la nuit douze césars.* [Le Seuil du Gouffre]

En estas circunstancias, hablar de "revolución" parece pedantería, mala fe o misticismo obtuso. Es la hora de las tareas a corto plazo, desencantadas, el final de esas grandes palabras cuyos luminosos propósitos desembocan en tiranía y muerte. Revolución se llamó la que comenzó en Francia en 1789 y desembocó en el Terror, la guillotina y Napoleón; revolución dicen que fue la bolchevique de Octubre, cuyo saldo es la dictadura burocrática, los procesos de Moscú, el Gulag ... Y revoluciones la encabezada por Mao en China y por Fidel Castro en Cuba, que han servido para entronizar autocracias con rasgos despóticos a la oriental (o a la caribeña), políticas interiores represivas de cultura o disidencia, políticas exteriores de ambigua connivencia con dictaduras derechistas, etc. ... ¿Hubo otras revoluciones? Duraron el tiempo de un suspiro, como la Comuna parisina o la vilmente calumniada de los consejos obreros de Hungría. Las revoluciones «logradas» han sido giros orbitales del Todo, reforzadores de la autoridad y la separación burocrática del poder, cuyos efectos

prácticos positivos no van mucho más allá de haber acelerado la industrialización de países estancados, haber sustituido la corrupción del champagne por la tiranía de las pólizas, escolarizar a niños que no tendrán libros que leer ni podrán desarrollar sin peligro su espíritu crítico y brindar unas mejoras en la Seguridad Social que países democráticos han conseguido más eficazmente y con menor costo. Parece que es cuerdo renunciar a la grandilocuente noción de Revolución, tal como- llegados a cierta altura de la vida seguir soñando con la

felicidad es síntoma de infantilismo. Y sin embargo...

Sin embargo, el punto de vista que quiero defender aquí es precisamente el opuesto. Sostengo que la revolución es una aspiración ética irrenunciable, la promesa triunfal del fin de lo político; que tal proyecto es la gran Obra de arte que puede acometerse hoy, la mayor aventura de nuestros días y el trasfondo de cualquier moral que se pretenda autónoma, y no puro reflejo de la coacción social establecida o del terror religioso; que la revolución no es como proyecto ni ha de ser en la práctica la restauración del Todo reforzado, es decir, la ocupación del poder separado (Estado) por una casta de especialistas en mandar preferible a la actualmente instalada, sino que es imaginable una revolución antitotalitaria (de hecho, es la única imaginable que puede ser llamada «revolución»); que tal revolución no es una vaga ape-

tencia de corazones desafectos al principio de realidad, ni algo tan informe, misterioso, negativo y sublime que nada positivo puede decirse de ella sin traicionarla (aunque evidentemente y a causa precisamente de su propio contenido positivo, sería contradictorio poder trazar un plan completo y definitivo de ella); por último, que la revolución no advendrá como consecuencia inexorable de ningún tipo de necesidad histórica, o económica, o natural, o como el Gran Día de algún milenio religioso, pero su verosimilitud teórica y su posibilidad práctica están ligadas al desarrollo de luchas históricas (quizá debiéramos decir anti-históricas), condiciones técnicas, contradicciones políticas, invenciones simbólicas, análisis críticos y, en líneas generales, al concreto despliegue creador de por las fuerzas propias de los individuos, en su pluriformismo, cooperación y disonancias. Veamos si soy capaz de esbozar superficial y dogmáticamente las líneas maestras de lo que llamo «revolucion anti-totalitaria», advirtiendo de antemano que no se trata en modo alguno de un fruto original de mi particular capricho, sino de la reformulación servil de lo que propugnan desde hace un par de siglos los combatientes por un comunismo libertario; incluiré en este cuadro no sólo ideas clásicas del anarquismo, sino también las aportaciones fundamentales de Nietzsche o Stirner y, en este siglo, de Landauer, Bataille, Camus o Castoriadis, siempre teniendo en cuenta que unas y otras han brotado de sublevaciones efectivas de individuos reales (no clases o castas predestinadas), en reivindicación de su emancipación económica, su autonomía política, su liberación sexual o el reconocimiento institucional de estilos de vida

diferentes: sin la existencia constatable de estas luchas reales en el pasado y en el presente, sea cuales fueren sus logros, las obras de los teóricos serían pura palabrería o un sueño ridículo.

1. - En qué se funda

El hombre se separa del continuo animal mundo por la invención de las herramientas; la principal de éstas es la comunidad social. Hay en esta proposición -estricta y conscientemente mitológica, como corresponde a toda antropología de los orígenes- la firme decisión de no considerar las instituciones sociales como dependientes en esencia de ninguna fuerza inhumana, sea teológica o natural, sino exclusivamente de la voluntad de los hombres. Esta voluntad es afán ordenador, fundador y dominante; ansia de prestigio y de inmortalidad; decisión de manejar artificios y de convertir en artificio la naturaleza toda, pero también convicción de la propia no-instrumentalidad, de la pertenencia de los hombres a un Orden distinto al de las cosas útiles (el ámbito de lo sagrado, la fiesta, el sacrificio); voluntad de creación y de poder, voluntad poética en sentido literal. Toda institución social, toda forma comunitaria, es fruto de la voluntad creadora de los hombres y de su imaginación simbólica, ansiosa de plenitud y triunfo sobre la muerte. Muchas sociedades primitivas no conocen la división entre gobernantes y gobernados, jefes y súbditos. Cuando ésta se da, por razones que sería imposible apuntar brevemente aquí, surge lo que puede llamarse Estado en sentido lato. El Estado es la institución permanente y autorreproductora del poder separado, es decir, la creación de una casta de especialistas en mandar cuyas decisiones marcarán la pauta de la vida comunitaria. El poder social se concentra en un punto institucional que absorbe las fuerzas propias de imaginar, decidir y ejecutar de todos los socios; desde ese punto, se redistribuyen las fuerzas según pautas marcadas en la cúspide, de modo que cada cual pueda cumplir con la tarea que se le encomienda y del modo que se le ordena. Este poder separado puede funcionar según un corte abrupto, pero más frecuentemente lo hace escalonadamente, en forma de pirámide burocrática. Las justificaciones de la separación del poder son de todo orden: teológicas, de superioridad de casta o fuerza de los jefes, racionalistas... En cualquier caso, esta instauración de la división del poder precede y causa la división económica de la sociedad en poseedores y despojados, explotadores y siervos. Aquí discrepamos de la visión marxista del Estado como instrumento de perpetuación del dominio económico de los poderosos. El poder separado precede a la acumulación y a las clases, y las motiva. Algo de esto intuyó Marx, cuando dice: *La naturaleza no produce, de un lado, poseedores de dinero o mercancías y, de otro, poseedores de su sola fuerza de trabajo. Tal relación no tiene ningún fundamento natural, ni es tampoco una relación social común a todos los períodos de la historia. Es evidentemente el resultado de un desarrollo histórico preliminar* (Capital, Lib. 1). Pues bien, ese desarrollo histórico previo es el nacimiento de la separación del poder.

2 -Qué es

La Ilustración desmitificó las más usuales justificaciones teológicas de la separación del poder. Nace la idea de que la sociedad es fruto de un pacto entre los hombres (Hobbes, Rousseau), según la cual éstos delegan permanente o transitoriamente, absoluta o paralelamente, su fuerza en una soberanía separada que dirima sus querellas y organice sus vidas. Pero ya en el siglo XVI, La Boétie se admiraba de que los hombres se sometieran a un poder único y proclamaba que habían nacido para ser «unos» y no para someterse al «Uno». Se abre paso la idea de que la separación misma del poder es injusta, de que la única forma de que los hombres sean iguales en el poder o en tanto al poder (aunque subsistirán las diferencias inagotables de la fuerza propia) es la no delegación del poder, la intervención

directa y permanente en la gestión social. No es un motivo altruista lo que lleva a demandar la abolición del Estado: sólo quien no ha renunciado a decidir ni delega sus decisiones (la capacidad de decidir por uno mismo es irrenunciable e intransferible, por lo mismo que no se puede hacer el amor por otra persona ni comer por él) puede ser considerado libre, es decir, perteneciente a un orden no instrumental; y sólo hombres libres pueden reconocerme como radical indeterminación y voluntad creadora, no cosificada ni instrumental, insustituible e incomparable. Es decir, sólo entre hombres libres se me tratará como persona y no como herramienta. La instrumentalización del hombre por el hombre no es sólo explotación económica, sino que, antes de ésta y produciéndola, es expolio de la capacidad de decidir, organizar, instituir. Quienes han delegado su poder (o a quienes les ha sido arrebatado) son despojados también de todo lo demás. Aquí nuevamente discrepamos del marxismo, cuando éste parece suponer que hay una enajenación de la iniciativa decisoria de los trabajadores que no depende de la voluntad contraria de los dominantes, sino de la necesidad misma de las cosas. Por ejemplo, dice Engels: *Si el hombre con la ciencia y el genio inventivo, somete a las fuerzas de la naturaleza, éstas se vengan de él sometiéndole, mientras las emplea, a un verdadero despotismo, independientemente de toda organización social* (subrayado mío, FS.). *Querer abolir la autoridad en la gran industria misma, es querer destruir las fábricas de hilados a vapor para volver a la rueca*. Esto equivale a reconocer la inevitabilidad de la explotación en la sociedad industrial, cuando precisamente lo que habría que transformar revolucionariamente son las relaciones autoritarias cristalizadas en la fábrica y en las máquinas mismas, so capa de racionalidad. Es decir, que llamamos revolución a la abolición de la separación instituida entre gobernantes y gobernados; a la autogestión radical y paritaria de la sociedad por todos sus miembros; a la desaparición de toda delegación permanente de las fuerzas propias individuales; a la organización desde abajo de la comunidad (prefiriendo la horizontalización del poder a su verticalización) en federaciones de asambleas de creadores, con cargos permanentemente revocables y supresión de las disparidades en las retribuciones. ¿Proyecto imposible? No mucho más que el mantenimiento ininterrumpido del actual equilibrio político internacional, la verosimilitud teórica -no pura inercia con parches políticos febrilmente aplicados- del vigente sistema económico mundial o el tránsito gradual del capitalismo al socialismo, de éste al comunismo y de ahí al fin de la Historia. En cualquier caso, el único ideal de vida en común compatible con el ateísmo político y la exigencia ética, que no renuncia a lo más alto porque espera merecerlo.

2. – Cómo luchar

En este punto, cualquier doctrina precisa y definitiva traiciona el respeto a las decisiones ajenas que se postula como entraña misma de la revolución. A priori, ni siquiera las manifestaciones más inequívocamente ligadas a la perpetuación del Estado, como la organización revolucionaria (partido) o la violencia ocasional, pueden ser excluidas absolutamente y bajo todas sus formas como elementos del juego. Pero es evidente que sus posibilidades subversivas son mucho menores que los peligros intrínsecos que comportan. Como no se trata de hacerse con el poder -de ocupar su lugar separado con «buenas» intenciones, pues ese lugar tiene estructuralmente sus propias intenciones- sino de rescatar para la decisión autónoma de cada cual, en libre y paritaria colaboración con otros, las áreas dirigidas desde arriba, parecen interesantes y positivos los movimientos que exigen la desaparición de determinados controles coercitivos sobre la conducta individual, directas consecuencias de la burocratización del poder: feministas, presos, homosexuales, partidarios de la despenalización del aborto o la droga, ecologistas, y nacionalistas anti-estatales. Pero esto no puede hacer olvidar que la miseria económica y la alienación del trabajo siguen siendo, ya que no la raíz, al menos la expresión más dolorosa y patente de la división del

Poder. La lucha contra el sentido mismo de la producción, contra las «exigencias ineluctables de la economía moderna», contra la desigualdad criminal en las retribuciones y los criterios -juntamente productivistas y despilfarradores- de la planificación verticalista, son caminos prioritarios de cualquier intento revolucionario. El arma de la huelga es inexcusable, siempre que la gestión de la misma esté en manos de quienes son directamente afectados por ella y no de partidos o sindicatos. En todo caso, el único consejo práctico al que habría que procurar no buscar o justificar excepciones, es éste: no hay contraposición válida entre el fin y los medios; la heteronomía no es camino hacia la autonomía, ni el reforzamiento del poder separado llevará a su disolución en decisiones libres. Para quienes creemos (por ingenuidad o profesión) en las posibilidades subversivas de la palabra crítica, la labor es fundamentalmente negativa y queda bien resumida en este párrafo de Castoriadis: *Se trata de mostrar a la gente que solo ellos tienen una respuesta posible, que sólo ellos pueden inventarla, que todas las posibilidades y capacidades de organización de la sociedad se encuentran en ellos mismos. Se trata de mostrar el cúmulo de absurdos y falacias sobre las que se apoyan todas las justificaciones del sistema actual y de todo sistema jerárquico - burocrático. Se trata de destruir la idea de que el sistema es todopoderoso y omnisciente, y la tenaz ilusión de que los que gobiernan 'saben' y son capaces', cuando en realidad se demuestra cotidianamente su imbecilidad orgánica, lo que llamé hace mucho imbecilidad de función. Se trata también de mostrar que no hay ninguna institución milagro, que toda institución no vale más que por lo que la gente hace con ella, pero que hay instituciones 'anti-milagro'; por ejemplo, que toda forma política de representación fija, rígida, estable, separada, se convierte irresistiblemente en una forma de alienación política, pues el poder pasa de los representados a los representantes. La forma de la revolución y de la sociedad post-revolucionaria no es una institución o una organización dada de una vez por todas, sino la actividad de auto-organización, de auto-institución. (*)*

[N° 22, noviembre 1979, pp. 43 - 46]

*) [2009] *L'exigence révolutionnaire*, charla con Olivier Mongin, Paul Thibaud y Pierre Rosanvallon grabada el 6 de julio de 1976, publicada en la revista *Esprit* febrero 1977, luego en « *Contenu du socialisme* », 10/18, 1979.

Carlos Díaz Mi visión del anarquismo

Escribo estas líneas para BICICLETA con la conciencia de que son afirmaciones provisionales, dado que en estos momentos estoy revisando mi sistema de ideas. Por otra parte, creo que lo que viene a continuación en estas líneas mías no tiene demasiada importancia. Pero ahí va.

¿Con qué línea o corriente libertaria me siento identificado? Con ninguna totalmente. ¿Represento dentro del anarquismo a alguien? A nadie. ¿Estoy incluso "dentro" del anarquismo? Esto sería discutible, y dependería de la opción que me juzgara. Es evidente que para algunos soy libertario y para otros no.

¿Y yo qué digo? Pues que hice un esfuerzo por asimilar el marxismo cuando tenía poco más de veinte años. Más tarde me acerqué al anarquismo y vi que contenía muchos elementos éticos y utópicos que me gustaban. Estos elementos eran de raíz cristiana. Y en estos momentos estoy reforzando esas raíces, razón por la cual me interesa el anarquismo desde la óptica del cristianismo.

Esta afirmación puede que a muchos les resulte intolerable, pues es mayoritaria la creencia en la incompatibilidad entre el discurso prometeico del libertario, y el discurso de la gratuidad del cristiano. Donde el anarquismo afirma la voluntad de Prometeo, el cristiano hace la historia con una perspectiva de escatología; donde el cristiano se abre a la fe, el libertario rechaza lo que sea metarracional; mientras el libertario busca la eticidad, el cristiano busca la religiosidad, etc. No es éste el lugar para exponer las discrepancias entre el discurso libertario y el cristiano. Si le interesa a alguien, puede encontrarlas en el número uno de la Revista *Communio* (Ediciones Encuentro, Madrid. Enero de 1979).

No quisiera dar a entender que me desligo de todo lo anarquista por ser cristiano. Hay cuestiones donde la ética libertaria y la cristiana me parecen confluyentes. Sólo afirmo que, aún cuando en muchas ocasiones se dice lo mismo, en otras muchas no ocurre así. Es una lástima que se siga sin estudiar a fondo la relación entre cristianismo y anarquismo. En todo caso, rechazo desde aquí la denominación de "anarquista cristiano", lo mismo que rechazo para otros la de "marxista cristiano", ser cristiano es algo que no casa con las formas políticas, ni casará nunca. Trasciende a lo político, aunque en ocasiones pueda estar más o menos cerca de tal o cual política, aunque sin identificarse con ninguna.

Por otra parte, en las filas libertarias se aprecian a veces síntomas de restrictivismo, de exceso de seguridades teóricas, de exclusiones y de anatematizaciones. Sectarismo, incapacidad para la convivencia y el respeto, niegan lo que debería ser la libertad del apoyo mutuo en el seno de una pluralidad de tendencias. Como he escrito en otras ocasiones, para ser anarquista no necesito ser antimarxista, como para ser anarquista no necesito ser anticristiano, allí donde no se trate de elementos incompatibles. No tengo, pues, tantas rigideces teóricas: No soy antipolítico, ni antisindicalista... Creo que son tensiones fructíferas que pueden enriquecer, si se respetan.

Del mismo modo, no aguanto de buen grado las actitudes espontaneístas. Creo que uno de los defectos mayores de los libertarios es que no hacen el esfuerzo de un trabajo a largo plazo. Hay magníficas excepciones que respeto y admiro mucho, conste. Pero lo normal es que la juventud no lea, y descubra inmensos océanos ya descubiertos mil veces desde la perspectiva de su palangana. Con el manfutista "quiero vivir mi vida", se olvida que es la vida de todos, y también la de nuestros antepasados. No soporto, pues, a toda la desarraigada tromba de jóvenes que, ignorantes, creen que la anarquía es la amorfía, el sexo a ultranza, el pasotismo, y todo lo demás. De esta línea aberrante no quiero saber nada. Ni de sus teóricos, alguno de ellos español. Creo que una cosa es la anarquía y otra el nihilismo. Mucho daño a la anarquía hacen los nihilistas. Como "pasar de todo" es lo más fácil, estos nuevos "libertadores" proliferan. Tengo sin embargo la impresión de que, felizmente, los campos se van delimitando, y que los pasotas acabarán pasando de una actitud constructiva como es la libertaria. Pasotas no, por favor. En este orden de cosas, creo que no se ha recuperado el anarquismo de los clásicos. La juventud que "anarquiza" viene más bien de la Escuela de Frankfurt, o de mayo del 68, o de un cierto marxismo espontaneista, pero no de la tradición libertaria clásica. Y no es que haya que quedarse en el pasado, pero sí al menos no confundirse de pasado. Aprovecho para decir que tampoco me van las estatuas de sal, enamoradas de las "gloriosas gestas" que sin embargo no fueron casi nunca tan gloriosas. No, a los relojes parados en la nostalgia de las viejas golondrinas que no han de volver.

Soy, como puede observarse, muy transigente con las corrientes que tienen raíz libertaria, pero no quiero saber nada de las corrientes que confunden anarquía con amorfía, meeting con happening, creatividad con ignorancia de lo ajeno, etc. Hay, pues, raíces valetudinarias del anarquismo que debemos fomentar, y raíces patológicas que no conviene tomar en consideración. Mi temor es que no se haya decantado aún la cizaña del trigo.

Y bien, ¿cómo me gustaría a mí el anarquismo? Por lo dicho, ya se aprecia que me gusta la seriedad, la revisión de los temas importantes, y que no podemos seguir repitiendo

tópicos. Difícilmente me encuadraría en un grupo de los actualmente existentes. Lo haría acaso (aunque hoy no lo sé) en un grupo libertario que: No recurriese a la violencia -soy pacifista-; que se abriese a la trascendencia; que diese gran importancia a la educación del hombre; que tuviese muy en cuenta la "revolución interior", el cambio del corazón, el cambio de mentalidad; que recuperase valores auténticamente humanos como la seriedad, la fidelidad, el apoyo mutuo, la autocrítica y la heterocrítica, el pluralismo, la fraternidad, la libertad, la igualdad; que se tomase muy en serio al hombre como ser limitado y moral; que se abriese a la trascendencia.

Bastante de estos caracteres han existido en el seno del anarquismo, y en honor a la verdad los he encontrado (no todos ni siempre) en algunos militantes clásicos libertarios. Pienso que hoy en día me siento muy cerca de la Escuela de Iasnaya Poliana, de León Tolstoy. Sin que mitifique el agrarismo, ni el ingenuo comunismo de ciertos jóvenes. No se trata de desenterrar a Tolstoy, sino de vivir cada uno conforme a lo que cada cual es y quiere. Tolstoy es un modelo remoto, a revisar, modificar, corregir y desterrar si es preciso. Es un simple indicador del camino.

En todo caso, es difícil hablar de modelos. Son pobres los actuales planteamientos libertarios, como para aferrarse al pasado y darlo por único. Hay que dar respuestas al presente. Y desde luego, como no se da respuesta al presente es jugando a héroes, rechazando mesas de negociaciones, como si las multinacionales no existiesen, o como si no existiesen los ejércitos, o como si hoy fuera 1850.

Me preocupa mucho el que, por no saber encontrar una respuesta seria a las cuestiones de hoy, puedan irse los libertarios por las ramas de las extravagancias, y que se reduzcan a reivindicar aspectos puramente marginales, comenzando a defender la bicicleta o el patín como si fuera lo primero en lo que habría que dar una alternativa. También rechazo radicalmente las actitudes violentas que quieran transformar la sociedad derramando sangre. Ninguna revolución se hará nunca así. Muchos libertarios feroces se asombrarían si leyeran a un Malatesta, a un Kropotkin, a un Domela Nieuwenhuis, pues encontrarían en ellos un gradualismo, un análisis serio de las reivindicaciones, un ir cambiando lo exterior y lo interior a la vez.

Me gustaría, en suma, para finalizar esta breve semblanza personal, decir que hoy más que nunca me considero de acuerdo con la mayoría de las tesis de Emmanuel Mounier, el personalista francés de la primera mitad de este siglo, el cual, desde la óptica cristiana, vive la tensión entre marxismo y anarquismo, con una clara dimensión ética y por ello creo que con mayor óptica libertaria. Una razón de peso que avala lo que al principio decía de que no represento a nadie es que el personalismo está pasado de moda. Ni los progres lo admiten, ni lo admiten los carcas. Pero yo invitaría a volver a Mounier, para que fuese eso: Un punto de partida.

[Nº 11, diciembre 1979, p. 68]]

Agustín García Calvo Ángeles del Suburbio

En plena «ola de terror». Cuando desde las portadas de las revistas se nos incita a que, como individuos o colectivamente, asumamos la parte de Estado que nos corresponde y les defendamos «defendiéndonos». En medio de esas torpes imitaciones del terrorismo estatal que empiezan a llamarse «justicia popular». Con intentos a diario, más o menos acabados, de linchamientos callejeros, escarmientos, castigos ejemplares, etc. Cuando la gente ya cree a pie juntillas que de quien hay que defenderse es de las víctimas y no de los

verdugos, este texto de Agustín García Calvo puede ayudar a situarnos mejor en el tema que la exhibición de las cifras y las evidencias de costumbre. Es puñado de cal que desenterramos entre las toneladas de arena de un diario sesudo, del que hasta ahora sólo habíamos publicado trabajos rechazados o censurados.

Se les ve cernerse como aguiluchos negros sobre la pompa de gas fluorescente de la urbe; se les ve, con la noche tétrica del sábado, caer desde sus nidos de cemento de los bloques sobre los escaparates y las luces blanquísimas del Centro. Vienen la mayoría a lomos de grandes motocicletas cromadas, con una hembra de su raza a la grupa, flaca y despelufada, de morados labios sedientos de venganza; se lanzan agazapados, embistiendo al viento de la libertad, agitando las largas guedejas aceitosas, tronando con más estruendo que los automóviles de adultos acomodados. Visten de negro y reluciente, de cuero sintético apretado a los muslos, de cremalleras y tachuelas niqueladas; llevan grandes gafas de plástico violáceo, donde negrean duros ojos de tiburones en cautiverio; se han agarrotado las venas con muñequeras de charol; se han puesto en los nudillos anillos abultados de estaño o erizados de pinchos; traen en las manos el uno una porra de goma de reglamento, con la punta lastrada de plomo; el otro, escondida al acecho una navaja de resortes, el otro, doblada una cadena de tres metros irisada de grasa todavía. Han bajado a la ciudad a divertirse. ¡Que tiemblen las amas de su casa, los ejecutivos que disimulan la primera pancita matrimonial, los niños que vuelven de celebrar un cumpleaños en casa del amiguito, los viciosos blandengues que tímidamente ligan con el «jazz» y la marihuana, las damiselas que se perfuman, por si acaso, las gomas de los sostenes recomendados por «Glamor». ¡Que tiemblen!, porque los ángeles del suburbio no reconocen ley ni freno: su ley es «¡Aplasta! ¡Raja! ¡Estruja!», su Dioses la dureza de su propia voluntad. ¡Mierda y a la cuneta el que deje traslucir un pálpito de piedad!

De vez en cuando, pero cada vez más frecuentemente, una ola de terror refluye por los conglomerados urbanísticos de cualquier parte, lo mismo aquí que en Tokio o Nueva York: ha habido tres atracos de bancos, seis de tiendas, cuatro violaciones, siete pisos desvalijados, veinte automóviles saqueados, veinte bolsos arrancados a tirón desde coche o moto a veinte pacíficos ciudadanos. Se despepitan las señoras comentando en el supermercado, dictaminan en la oficina los empleados entre chorrillo y chorrillo de humo, instruye la maestra a sus polluelos en la escuela, cacarean nerviosas las dependientas tras los mostradores. La Prensa (que se guarda muy mucho de «orquestar una campaña» sobre los cientos y miles de asesinatos semanales por accidente de carretera) cumple el sagrado deber de la información, y comunicando con más o menos regodeo a sus millones de lectores las docenas de atracos, violaciones y desvalijamientos, esparce la semilla del terror, crea ambiente, y contribuye a que el miedo de los probos consumidores se encauce por ahí y no se fije en otros motivos más abstractos y políticos de miedo. Los ciudadanos se recogen más temprano, y se completa así lo que la Ley del Trabajo ya venía haciendo, convertir en noche muerta el alegre trasnoche que era la gracia y esencia de las ciudades. Salen a la tribuna los moralistas y despotrican sobre la Juventud: sobre la falta de ideales y disciplina, por ejemplo. Los cerrajeros aprovechan para hacer su agosto vendiendo sistemas marcianos de barras y placas de seguridad, dispositivos electrónicos de alarma. Prosperan academias de kárate y de yudo que enseñan a las damas a defenderse de agresiones por sí mismas. Y los más ilusos claman hacia los Ministros para que dupliquen las medidas y el número de guardianes del Sistema, como aquel que metía en la casa ratas para acabar con los ratones.

Y, sin embargo, todo el mundo podría saber, si le dejaran, dónde se crían y con qué se alimentan los ángeles del suburbio. Basta asomarse (un domingo de tarde, por ejemplo) a las áreas y bloques del extrarradio de Madrid, o cualquiera de estos conjuntos en expansión (caótica ciertamente, pero a fuerza de Planes) que vienen a reemplazar a las ciudades: allí

están los paralelepípedos de cemento de diez o veinte pisos clavados en el barro; entre uno y otro, y otro más allá, todavía siempre en construcción (otro, pero el mismo), hay unas tiras de terreno que quieren llamar calles (el Ayuntamiento, en caso de apuro, saca la lista de los Conquistadores de América y les aplica los nombres por orden cronológico), unas en barro todavía (porque es que hubo una Empresa más viva y progresista que «previó» una prolongación de dos kilómetros de un ramal del Metro por descampado, u otra que plantó donde Cristo dio las tres voces una colonia con futuro; compraron y vendieron los terrenos, rellenaron los pisos de familias, y ahora hay que esperar unos pocos años a que los Organismos Oficiales, obedientes, planifiquen y vayan, como dicen, urbanizando), otras ya están embetunadas para más confort de los automóviles que inmediatamente las habitan, parados o circulando, ellos los verdaderos dueños del barrio, necesarios, vive Dios, imprescindibles, ¿cómo no?, si las distancias de estos sitios (veinticinco minutos al centro urbano) son ya distancias para coche: el auto, medida de todas las cosas –no lo decía el otro?–; o si no, la moto.

En una celdilla de uno de esos bloques, y así millones de veces, están desarrollándose las larvas de los ángeles. Unos ya han nacido en la celdilla; a otros (casi da lo mismo) se los trajeron pequeñitos de algún pueblo sus padres ilusionados con un puesto de trabajo: ¿No se ha visto cómo en pocos meses, con la materia de un mozalbete del pueblo, se fabrica lo mismo un Agente de Orden que un chulillo del hampa suburbana? De niño bajaba para su madre al Supermercado de cinco bloques más allá, y se compraba un chiclé de propina; más tarde, se llega al bar de formica de siete bloques más arriba a tomarse con la panda un brebaje con alcohol, pero no sin también algún suero gaseoso de una marca universalmente respetada. Si acaso se asoma por la ventana de su celda, puede ver un brazo de la grúa del nuevo bloque siempre en construcción, o una rebaba del vertedero de basura, o, si tiene suerte, otra ventana de otra celda como la suya. Su alimento espiritual es, como el otro, uniforme, pero abundante: tebeos y televisión. Un día se juntan, se reconocen oscuramente, reconocen aquellos descampados, -barrizales y vertederos como suyos, y empiezan a matar el tiempo dando algún golpe que otro por los alrededores (algún estanco de una viuda, algunas bragas repartidas colectivamente), por gusto de la emoción, por castigarse también, por probarse hombres de veras (esto es, como los de la tele), pero, esencialmente, por lo mismo que los contratistas hacen bloques y los ministros estadísticas: por venir a llenar un vacío. Y cuando al fin un sábado se organizan en panda y montan en las motos y bajan sobre el Centro, vuelan animados por una doble pasión, de la que nada saben: lo primero, por amor, por amor de lo que allí, en el Centro, pueda quedar de una ciudad negada, de una vida perdida antes de nacer ellos; y luego, por ansia de vengarse a ciegas de los que han hecho nacer aquellos descampados y bloques de desolación, de los que allí los han hecho nacer a ellos mismos.

¿Cómo les explicaríamos quiénes son los responsables?

Aquí, entre nosotros, rebojos de las burguesías –¿no?–, podemos saberlo sin grandes dudas. Es el dinero vivo el que necesita mudar de formas para sustentarse y desarrollarse, multiplicar empresas de cualquier cosa, abrir campos y campos de nuevas necesidades; es el Estado en persona, la idea de que se pueden organizar grandes áreas de administración unitaria, mover y amasar para su bien (desde el Centro, desde Arriba, desde el Futuro) vastos conjuntos de individuos. Ellos son (porque no hay otro Dios, no hay otra Naturaleza que Ellos para los hombres) los que han hecho crecer la población de cada Estado y del Globo entero a velocidad progresivamente acelerada, para tener de paso la última disculpa de Necesidad (¡somos tantos millones!), de todas sus presiones y sus desmanes; Ellos son los que han despoblado los pueblos y forzado la concentración de la gente en conglomerados apropiados para sus manejos; Ellos los que han sembrado en las mentes de ciudadanos honestos y campesinos socarrones la fascinante idea bobalicona de un Destino (puesto de trabajo asalariado, piso con televisor y automóvil que asegure la libertad individual de movimiento)

que los arrastraba en masa a aquellos conglomerados, con la ilusión de que era allí donde pasaban cosas, donde la vida (es decir, la Historia) estaba jugándose las cartas; Ellos son los que, a toda prisa, han montado las colmenas donde acoger esos enjambres de ilusos productivos para Ellos; Ellos son los que han consagrado la fe de que la Humanidad va por un camino; Ellos los que han creado por proyecto los espacios que tienen que llenarse; Ellos los que han inventado el tiempo vacío y el aburrimiento. Ellos son los criadores de los ángeles del suburbio.

¿Me decís que es demasiado piadoso echar las culpas a los entes abstractos, al Estado y al Dinero? Queréis carne, ¿eh? Bueno, no es tan fácil descubrir a los culpables. Todos, más o menos. Pero hay grados, sí: tanto más culpables cuanto más creídos y más implicados con los abstractos, con la Empresa Progresista y el Estado Perfecto, cuanto más identificados con su Dinero o con su Cargo. Pero no es fácil tampoco saber cuáles son los más identificados: ellos han olvidado desde su remota adolescencia el resquemor de que estaban vendiéndose al Destino, lo han recubierto de ideas de Progreso, de Necesidad. .. Sólo que, a veces, los efectos de la conciencia enterrada los denuncian. Por ejemplo: cuando llegue la próxima ola de terror, poned oído a ver cuáles son los que más se indignan, los que más claman contra la Juventud, la indisciplina y la corrupción de las costumbres, los que más exigen castigos y firmeza a las Autoridades y a la Justicia, los que más predicán un aumento de puestos de trabajo, de policías o de ideales, los que más excitación demuestran por las hazañas de los ángeles del suburbio, y examinad a ver si coincide que esos señores o los maridos de esas señoras tienen algo que ver, más o menos directamente, con una Inmobiliaria, una Constructora, una oficina de Planificación urbanística, un Partido de izquierdas domesticadas que defiende el Desarrollo y el Progreso, un Ministerio apolítico de Economía que opera según las previsiones científicas del Futuro, una Comisión creadora de programas televisivos, u Agencia importadora de motocicletas japonesas, una Fábrica de cemento de fragua ultrarrápida, una Editorial de novelas de marcianos y galaxias, una Promoción de relojes electrónicos para él y para ella, o un Seminario de Análisis Cuantitativo y Cualitativa de la Delincuencia Juvenil.

[N° 19, septiembre de 1979, pp. 4-5]